

Las trece palabras

Hiram Castro Carvajal

.....

Nadie tiene las palabras para desafiar las leyes de la física. Nadie de este mundo tiene en su poder las palabras para hacer lo que se le antoje. Y eso Lázaro lo tenía muy presente.

A inicios del siglo XX, los campesinos adinerados se sentían afortunados o bendecidos por Dios, por haberles dado tanta riqueza. Eran los prejuicios que los hacendados y sacerdotes enseñaban a los más incrédulos. Así recordaba el mundo donde creció, donde las hijas de los hacendados lo tomaban como pasatiempo sexual, dados sus dieciséis años. Con tal de llevarlo a la cama, le hacían propuestas que jamás cumplieron. Y amenazaban al pobre de acusarlo de robar dineros de la habitación de los padres de las muchachas, si no saciaba sus deseos. Las Señoritas estaban sedientas de placer y lo obtenían. Eso recordaba Lázaro, en su lecho de muerte. Rodeado por todo ese lujo y riqueza, que en el pasado habían gozado los hacendados.

Sus ciento dos años le pesaban sobre su frágil cuerpo. La respiración del Lázaro viejo era pesada y lenta. Sentía que cada minuto de su vida era una agonía.

Su hija mayor entró en la lujosa habitación, decorada con cortinas de seda y muebles de la más fina estirpe, elaborados por artesanos de otras naciones, traídos por capricho del mismo Lázaro. Isabel caminaba sigilosamente hacia la cama de su padre, seguida del médico que lo había estado asistiendo por los últimos veinticinco años. El médico se situó al lado izquierdo de Lázaro.

-¡Aléjate de aquí!- musitó con un hilo de voz.

-¡Él viene a ayudarte, papá!- lo reprendió suavemente Isabel.

Lázaro miró al médico por un instante.

¡El lado izquierdo es de él!- terminó añadiendo Bernal.

El médico e Isabel se miraron por un instante. No era la primera vez

que Lázaro ordenaba a una persona quitarse de su lado izquierdo, aludiendo que ése era el lugar de “Él”.

-Nadie debe permanecer a mi izquierda- añadió el viejo.

El doctor examinó sus signos vitales. Su pulso era lento y su temperatura superaba los cuarenta grados.

-¿Ha estado tomando los medicamentos?-

-¡Claro que sí, Doctor!- aseguró Isabel con tono serio y voz baja- Los tengo bajo supervisión estricta a ambos: a él y a su enfermera.

-Entonces, no comprendo por qué empeora. Lázaro ha sufrido varios paros cardíacos, se ha enfermado varias veces de cólera, se ha intoxicado siete veces...- resumió con asombro-. Y todo esto, durante los últimos veinticinco años. La verdad, estoy desconcertado, Señorita Isabel.

-¿Puede imaginar cómo nos encontramos nosotros? Mi padre parece enfermarse de nuevo. Cada día está más delgado, débil y pálido- concluyó Isabel mirando a su padre, quien prestaba mucha atención a lo que decían.

-Mi consejo es que sigan con el cuidado que ha recibido hasta el día de hoy. Además, le brindaré medicinas diferentes, para ver cómo reacciona.

El médico sacó dos frasquitos Uno contenía un jarabe; el otro, unas

pastillas diminutas. Tomó un trozo de papel y escribió las dosis en que debían ser suministradas a Lázaro.

Isabel tomó los frasquitos y la nota y los colocó en la mesita de noche, al costado derecho de la cama de su padre.

-¡Muchas gracias por venir, Señor Cristóbal!- agradeció Isabel al médico- El mayordomo cancelará sus servicios y las medicinas.

-Isabel... necesito hablar contigo un momento- le dijo Lázaro.

Ella asintió con un leve movimiento de su cabeza. Cerró la puerta de la habitación.

-Ponle llave a la puerta. No quiero que nadie nos interrumpa- indicó Lázaro. Isabel se sentó sobre el lado derecho de la cama.

-Mi hora ha llegado. Hace muchos años debí morir...pero hay algo que me lo impide. No podré hacerlo hasta que yo mismo destruya esta enorme muralla que me separa de la muerte.

-¡Pero Papá!- exclamó su hija-¿De qué hablas?

-Él vendrá esta noche...así como lo ha hecho los últimos treinta años. Ya no quiero que venga.

-¿Quién? ¿Quién no quieres que venga? ¿El médico? Él movió la cabeza negando. Continuó:

-Fue hace más de ochenta años.-dijo Lázaro, con la mirada fija y llena de temor- Él me dijo que podía tener lo que quisiera.

-Papá...dime lo que quieras. Yo no te culparé de nada- lo animó ella, con una voz suave y tenue.

Continuó hablando, sin que ella hubiese dicho nada.

-Él me dio trece palabras...para obtener lo que quisiese: la mujer más bella, la casa más grande y lujosa, las mejores cosechas, destruir a mis enemigos, alejar las sequías y los vientos huracanados que pudieran destruir mis cosechas.

-¿Quién te dijo esas palabras?-preguntó Isabel con prisa.

Lázaro abrió su boca, pero no logró decir nada, sentía vergüenza. Vergüenza de haber conseguido toda su riqueza a base de palabras, palabras que a nadie le dijo, palabras vacías y embusteras.

-Él...-dijo Lázaro -viene cada noche a burlarse de mí. La felicidad le invade cuando me visita cada noche.

-¿Quién te visita? Nadie entra en tu habitación. ¡La enfermera vigila la entrada todas las noches!- afirmaba Isabel.

-Ella dice que estoy loco, ¿cierto? pero no lo estoy. Lo que ella escucha son las conversaciones que tengo con Él. Hija mía... ¿Quieres que descanse en paz?

-¿Qué debo hacer para que eso suceda?-murmuró Isabel, ansiosa por saber.

-Acércate- le dijo Lázaro. Susurró trece palabras al oído de su hija. Al principio Isabel pensó que su padre tenía problemas mentales por los disparates que le susurraba.

-No debes revelar esas palabras a nadie-indicó Lázaro. Cuando sientas que no puedes morir, haz lo que yo he hecho para poder hacerlo. Nunca las olvides. De lo contrario jamás podrás morir.

-¿Qué disparates son éstos, papá?

-¡Gracias, hija mía! ¡Gracias por permitirme morir en paz! Y perdóname por darte una carga tan pesada. ¡Gracias, gracias!

-¡Papá... me asustas!

La ventana estaba abierta. Una brisa suave hacía ondular las cortinas de la recámara. Isabel tiritó un poco.

-Él viene ya- dijo su padre con aire triunfante- Vete, hija mía, vete y déjame morir en paz.

Isabel contempló a su padre: en su rostro dibujaba una sonrisa de felicidad y triunfo. Isabel caminaba de espaldas a la puerta, siempre observando al moribundo. Abrió la puerta y la cerró suavemente, sin dejar de pensar en lo que su padre le había revelado. “Niño blanco, torre del norte, rosa negra, viento

del suelo...” esas palabras le hacían pensar que su padre deliraba debido a la alta fiebre.

-Rosa negra...- repitió suavemente, sin darse cuenta de que la enfermera estaba sentada al lado de la puerta.

-¡Rosa negra!- repitió la enfermera, frunciendo el entrecejo- Tal cosa no existe, señorita Isabel.

-¡No me hagas caso, Alma! Solo pensaba en voz alta.

Isabel torció a la izquierda, tomando el pasillo que la llevaría al gran salón donde todos los hijos, nietos, nueras, cuñados, bisnietos y tataranietos de Lázaro aguardaban su llegada.

Ella caminaba con sus brazos cruzados, pensando, una y otra vez, en todas las cosas sin sentido que le dijo su padre.

-¿Niño blanco?- preguntó Isabel, susurrándose a sí misma.

-Él me contó lo que te lo dijo- oyó Isabel a sus espaldas.

Isabel se dio media vuelta. Sus ojos apreciaron a un niño blanco como la leche, desnudo, de cabello lacio y

negro, de ojos completamente negros, su piel estaba adherida a sus huesos.

Isabel se sobresaltó y apoyó su cuerpo en una de las paredes. La respiración se le hizo pesada y las palpitaciones eran tan fuertes que sintió golpear con brutalidad su pecho.

-Él ya se fue, yo te haré compañía todas las noches por el resto de tu vida- dijo el niño.

A partir de esa noche y hasta su muerte, el niño blanco acompañó a Isabel. Le dio consejos de cómo usar las 13 palabras en su beneficio.

Años después, Isabel no podía morir. Isabel llamó a uno de los limosneros del pueblo, alegando ser su última voluntad.

Cuando el vagabundo salió de la habitación en la cual Isabel convalecía, estaba perplejo.

-¡Doña Isabel está loca! Delira con palabras sin sentido. Ha de ser por la fiebre que sufre—concluyó, con cierto desdén por lo revelado.

Aquel vagabundo se convertía en el loco del pueblo.